

¿Cinco versiones de Adriano?

Cinco versiones de Adriano

MAURICIO BONNETT

Penguin Random House, Bogotá, 2015, 345 pp.

MAURICIO BONNETT (Bogotá, 1961) es un avezado hombre de letras: escritor, guionista y editor, además de director de cine; ha desempeñado importantes cargos, nacionales e internacionales, relacionados con el cine y la realización de guiones. Como escritor, es autor de tres novelas: *La mujer en el umbral* (2006), *El triunfo de la muerte* (2010) y la que aquí reseño, *Cinco versiones de Adriano* (2015). El comentario de una de las solapas del libro dice que las dos primeras tuvieron gran aceptación por parte de la crítica (no dice nada de la aceptación de los lectores comunes y corrientes) y el comentario de la contraportada, al final, dice que esta novela está “escrita con una prosa hipnótica, aguda y llena de hallazgos”. También dice que es una inclasificable porque tiene de novela de aprendizaje, de misterio, de aventuras y de poderosa reflexión sobre la soledad... En fin, es un comentario (del editor) de contraportada.

En verdad, considero que es esta una novela de formación (lo que el comentario que cito anteriormente llama “de aprendizaje”), un relato de 345 páginas en que el narrador, Sebastián Alcántara, nos cuenta su vida. Y en ello incluye rasgos de su niñez, primeros aventones amorosos, primeros pinitos académicos en serio, estudios literarios, su crecimiento al lado de los amigos más entrañables y de un amor que parecía definitivo, su definitiva soledad (o el aprendizaje de la vida que deja la lección de la soledad) y su “consagración” como escritor al terminar la presente novela y presentarla en sociedad, como se ve al final en un juego en el que pareciera decirnos que ficción más realidad es más ficción.

Pero no me cabe duda de que la novela, ante todo, se plantea como un punto de vista literario sobre la memoria. O sobre el olvido, que es básicamente lo mismo. De hecho, todo comienza cuando el narrador, que vive en Londres (y que según mis cuentas

debe tener en esos momentos entre 45 y 50 años), cree ver, en condiciones más o menos lamentables, a Adriano, un viejo amigo al que todos consideraban desaparecido o muerto —lo cual en Colombia es casi una y la misma cosa—, un amigo de la juventud, de la universidad, de ciertos aprendizajes de la vida; un amigo que, cuando se fueron juntos a Nueva York y luego de nuevo en Bogotá, se había puesto difícil de tratar y había tomado rumbos muy distintos al grupo de amigos (Sebastián, Tomás, Camila, Rafael y Laura) que se frecuentaban y derrochaban vida, planes y amores. Y además de su quizás violento y hermético homosexualismo, y del consumo de drogas, tampoco políticamente había nada que hacer: Adriano había elegido caminos azarosos, inescrutables e incógnitos, a pesar de que parecía muy decidido a tomar partido del lado de las gentes pertenecientes a los barrios populares de Bogotá. Adriano se había convertido en un magnífico fotógrafo y gracias a la herramienta de la fotografía su discurso no era vano ni demagógico (además hablaba muy poco), sino muy arriesgado. A juzgar por el personaje de Adriano y por algunas de las características que acabo de describir, también puede decirse que el autor se juega un punto de vista político sobre Colombia, pero sin ponerlo, ni mucho menos, en primer plano.

A partir de este “hallazgo”, que nunca dejó de estar acompañado de grandes dudas, ya que no tenía ninguna prueba para afirmar que ese hombre era Adriano, Sebastián comienza una afanada búsqueda de su amigo, así como de sí mismo (escribe esta novela, en gran medida, en ese apartamiento de Londres y la termina en Bogotá), en una narración que cubre buena parte de su vida, como se dijo al principio. En pequeños capítulos nos va contando todo, adelantándose y retrocediendo en el tiempo, con una gran coherencia que mantiene atento al lector.

De súbito, en la página 89 y bajo el subtítulo de “El basural” (allí encontramos otro epígrafe; hay muchos epígrafes en el libro, al comienzo de los capítulos, referidos a la memoria, al olvido, a visiones poéticas de las desgracias de la vida, la gran mayoría en inglés, incluido este, sacado de *Ha-*

bla, memoria, esa bella autobiografía de Vladimir Nabokov), aparece un capítulo en otro tipo de letra, un capítulo aparte, con otro narrador que nos va a contar otra historia. Pero en realidad no es otra sino parte de la misma, solo que al final del libro nos damos cuenta que esos capítulos —porque son varios que van apareciendo de tanto en tanto, entrecerrados con el relato de Sebastián y los correos que le escribe Rafael Medina, otro de los amigos entrañables que hacen parte de toda la historia, respondiéndole las preguntas a un Sebastián asombrado ante lo que cree que es el hallazgo de Adriano—, todos estos capítulos juntos, son veinte páginas que Adriano le deja preparadas y anunciadas a Sebastián cuando al final se destacan las cartas: Adriano, después de todas las infructuosas persecuciones de Sebastián, y sin darse a conocer, accede a que este lo descubra, aunque él, Adriano, no estará allí. Él no, pero sí su testimonio, su historia oculta. Esas veinte páginas son la historia de Adriano durante los años en que desapareció y cuando todos lo daban por muerto, contada por él mismo, y esas veinte páginas refuerzan la importancia que desde un comienzo Sebastián da a la memoria y al olvido; desde el momento en que cree ver a Adriano, en que no se quita de la cabeza que ese alguien es Adriano, aunque hace muchos años haya desaparecido, como con tanta insistencia lo dice Rafael en los correos electrónicos. Adriano comienza diciendo en esos papeles:

No soy, por definición, un narrador confiable. Es probable que la historia que cuente ahora no sea la misma que pueda contar mañana. Es decir, puede que lo que recuerde hoy no sea lo mismo que recuerde mañana. Por eso voy a escribirlo en días consecutivos, con la idea de comprobar si, al leer lo que escribí el día anterior, lo reconozco. Me reconozco. (p. 91)

Es decir, otra vez la alusión indefectible a la memoria y al olvido. A la necesidad perentoria que la vida tiene del olvido. Sebastián habla del asunto todo el tiempo. Aquí lo hace a propósito de Adriano.

En no pocos pasajes, y aun en capítulos, el “objetivo” de encontrar a

Adriano casi se pierde. El narrador tiene otras cosas que contarnos porque, como se dijo, la novela es un largo relato sobre la memoria, pero también lo es sobre su formación. Antes de definirse por Laura —muy al comienzo hay un episodio amoroso entre ella y Sebastián propiciado por Rafael, lleno de lugares comunes, esa suerte de inamovibles en la literatura erótica estándar—, Sebastián se enamora de Camila, novia de Rafael. Y en “La ardilla”, un capítulo que funciona algo así como un cuento dentro del cuento (bien contado, además, hilarante, con momentos de verdadero suspenso), y con él entra también la historia, intrascendente, de los vecinos del piso de arriba de Sebastián. En el regreso a su apartamento, después del somnífero encuentro con la pareja de vecinos, Sebastián se pone a mirar las carpetas regadas por el piso, producto del “encuentro con la ardilla”, y se sume en una descripción de escenas con Laura, el matrimonio con ella, las fotos... Puro relleno.

El comienzo de uno de los capítulos, precedido por dos epígrafes, es de este tenor:

Ahora que la experiencia nos ha sedimentado el corazón con el sarro del desencanto, es difícil recordar lo importante que alguna vez nos pareció el amor. Hoy sabemos que no es otra cosa que el reclamo de las hormonas.

A esa prosa construida que no dice casi nada pero que quiere ser, digamos, poética, es a lo que el comentario de la contraportada, al que aludí al principio, llama “prosa hipnótica”.

El título *Cinco versiones de Adriano*, me parece, es una suerte de acertijo. Personalmente, deduzco que las “cinco versiones” se refieren a cada uno de los cinco amigos: Sebastián, Laura, Tomás, Rafael y Camila, que conciben a Adriano a su manera, cada uno tiene de él una versión, dadas las extrañezas y las maneras de este. Si uno hace un esfuerzo, con el resumen del libro en la cabeza, puede coincidir.

Luis Germán Sierra J.